

PELIGRO EN EL BALDÍO

Por **JUANITA TYSON-FLYN**

Mientras la Sra. Trask observaba a Gary, su muchachito de tres años que estaba jugando con los muchachos mayores, pensaba que el lote baldío de la calle Alta era el mejor lugar donde pudieran jugar. De vez en cuando miraba por la ventana de la cocina para asegurarse de que todo iba bien. Nunca le cruzó por la mente el pensamiento de que pudiera haber algún peligro en ese lote baldío.

Era ideal para los chicos porque no había el peligro del tránsito. Siguió escuchando sus alegres voces que resonaban en el aire, hasta que puso a andar la aspiradora en la sala.

Una docena de chicos jugaban a las escondidas entre los arbustos y montículos del lote baldío. Juanito se paró junto a un poste, con los ojos cerrados, y contaba mientras los demás salían en todas direcciones, buscando lugares donde esconderse.

-Vamos, Gary -dijo Tomás empujando a su compañerito sobre un pequeño montículo-. Aquí tienes un lugar para esconderte. Mira, aquí hay un balde grande. Puedes meterte adentro -le sugirió, al mismo tiempo que le daba un puntapié al balde.

-¡Mira aquí! ¡Un hoyo! Puedes esconderte en el hoyo, Gary. Para mí es muy chico yo no quepo.

-¡Qué te parece! -sonrió Roberto que llegó en ese momento-. Métete, Gary, y quédate quieto para que Juanito no pueda encontrarte. ¿Sí? Gary se adelantó y saltó dentro del hoyo. Se oyó un jadeo, un grito, y Gary desapareció de la vista.

Los dos muchachos se quedaron mirando boquiabiertos el lugar donde Gary había estado. Cuando vieron que el muchachito no salía, Roberto y Tomás se arrodillaron junto al orificio y atisbaron en la oscuridad, y todo pensamiento acerca de las escondidas se desvaneció de su mente. Uno tras otro los demás muchachos dejaron sus escondites y acudieron para ver qué era lo que Roberto y Tomás habían encontrado. Doce pares de ojos quedaron clavados mirando ese orificio oscuro que se abría en la tierra.

- ¡Escuchen! -dijo- Tomás dirigiéndose a sus compañeritos.

De allá de las profundidades llegaban a sus oídos sollozos apagados.

-G-C-Gaaaary, ¿estás... estás bien?

-preguntó vacilante Tomás-. No llores, Gary; te vamos a sacar.

-Yo quiero que venga mi mamita -se oyó por allá una vocecita asustada.

-Está bien, Gary. Voy a buscar a tu mamá ahora mismo.

Y Tomás salió como una flecha hacia la casa de Gary.

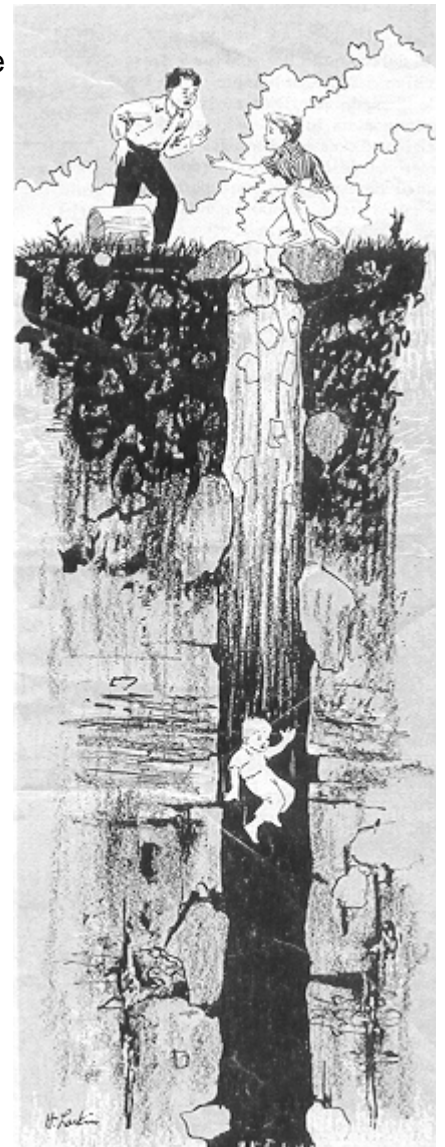
-¡Sra. Trask! ¡Sra. Trask! -gritaba Tomás al par que golpeaba la puerta.

La Sra. Trask apagó la aspiradora y abrió la puerta de entrada. Con sólo ver a Tomás, que estaba blanco como un papel, se dio cuenta de que algo pasaba. Se tomó de la puerta para no caerse.

-¿Es Gary?

Tomás asintió con la cabeza porque en la garganta tenía un nudo que no lo dejaba hablar. Tomándola de la mano, la arrastró hacia el patio y hacia el camino que conducía al lote baldío. Después de lo que les pareció una milla llegaron por fin al lugar donde estaban los niños rodeando el hoyo, horrorizados.

De un vistazo la Sra. Trask se dio cuenta qué había ocurrido. "Querido Padre celestial -dijo mirando hacia arriba, y luego, arrodillándose al lado del pozo- te ruego que guardes a Gary". Luego trató de mirar



a través de la oscuridad.

Casi no se atrevía a hablar. Quería evitar que ;Gary advirtiera su terror. "Te ruego, Dios, ayúdame a saber qué debo hacer" oró en voz alta.

-Gary -llamó y se detuvo para recobrar la voz-. Gary. ¿estás bien?

-Mamita, yo quiero salir. Ayúdame a salir.

La Sra. Trask dio gracias a Dios por haberlo guardado hasta ese momento. Volviéndose hacia Tomás, le dijo:

-Por favor, anda lo más rápido que puedas a la casa de la vecina y dile lo que ha sucedido. Pídele por favor que llame a la policía, a los bomberos, y a mi esposo. Anda rápido, Tomás.

Tomás no perdió un instante. Parecía que tenía alas en los pies. Mientras esperaban su regreso, la Sra. Trask miró de nuevo en el hoyo oscuro.

-Escucha, querido. Quiero que me escuches bien y hagas justamente lo que yo te digo. ¿Me oyes, hijito?

-Sí, mamita, te oigo. Voy a ser bueno. Por favor, sácame de aquí. Está muy oscuro, mamita.

-Yo sé que está oscuro allí, querido, pero quiero que te quedes sentado bien quietito. Mamita está aquí.

Ya van a llegar unos bomberos para sacarte. Recuerda, Gary, que es muy importante que hagas justamente como te decimos. Mamá está orando y Jesús va a cuidarte.

La Sra. Trask siguió hablando y hablando con voz serena. Pareció como que transcurrieron horas antes de que se oyeran las sirenas que anunciaban la llegada de la policía y de los bomberos.

Unos diez minutos más tarde llegó el Sr. Trask. Rodeó con su brazo a su esposa para consolarla.

Empezaron a llegar otras personas. Todos estaban a la expectativa, observando y orando.

El Sr. Trask se inclinó al lado de su esposa y llamó a Gary.

-Papito está aquí con mamita y tenemos algunos hombres para ayudarnos a sacarte del pozo. Tú eres un muchacho valiente porque estás allí abajo solito. Quédate sentado bien quieto, hijito, y no tengas miedo.

-Yo quiero tener la mano de mamita -sollozó Garv.

-Pronto la vas a tener, hijito -le prometió la mamá.

El policía introdujo una luz en el pozo. Cuando Gary vio la luz se sintió mejor, pero el papá y la mamá se quedaron sin aliento cuando vieron dónde estaba Garv. El pozo tenía como 30 m de profundidad, pero Gary no había caído hasta el fondo. Se había quedado enganchado en un borde que estaba como a ocho metros de profundidad. ¿Qué ocurriría si se caía de allí o si el borde cedía bajo su peso?

Los bomberos y los policías hablaron entre sí. Se dieron cuenta de que no podían bajar una escalera para sacar a Garv. Tendrían que hacer una excavación paralela al pozo, que llegara a la profundidad a que se encontraba Gary, y luego cavar un túnel hacia el pozo.

-Tendremos que apresurarnos -les oyó decir la Sra. Trask-. El aire debe estar viciado allá abajo.

la Sra. Trask ocultó su rostro entre las manos. Todo lo que ahora podía hacer era orar. "Querido Señor, te ruego que ayudes a los hombres a alcanzar a mi hijito".

Un policía la tocó en el hombro.

-¿Hará el muchachito exactamente lo que le digamos?

-Siempre hemos procurado enseñarle que nos obedezca -respondió la madre.

-Voy a hablarle a Gary.

El policía se inclinó entonces y ahuecó las manos delante de la boca.

-Garv -lo llamó-, tenemos un plan. Si nos ayudas, creo que vamos a sacarte en seguida. Tienes que hacer exactamente lo que te decimos. No hagas nada sino solamente lo que nosotros te digamos que hagas. Ahora, Garv, escucha bien. Quiero que levantes la mano. Tú no te levantes. Quédate sentado bien quietito, pero levanta la mano. Muy bien, muchacho; está bien. Ahora, cierra la mano y apriétala bien.

El policía se detuvo y observó al muchachito.

-Muy bien. Ahora, recuerda de quedarte sentado bien quietecito con el puño levantado así como lo tienes. No extiendas la mano. Quédate así sentado quieto.

-Muy bien. Lo haré.

El policía comenzó a bajar una soga en el pozo. En el extremo tenía un lazo. La soga oscilaba lentamente de un lado al otro. Siguió bajando y bajando. Entonces dejó de oscilar. El Sr. y la Sra. Trask y el policía apenas se animaban a respirar. El lazo casi tocó el puño del niño, pero le erró.

-Firme, hijito -lo animó el policía-. No te muevas.

De nuevo hizo descender la soga. Despacito, despacito. ¡Le erró de nuevo! Una vez más. Firme. Firme. ¡Ahora! El lazo se deslizó sobre el puño.

- Muy bien - hijito. Ahora, mientras te quedas allí sentado quieto, agarra la soga lo más alto que puedas con la otra mano. ¡Muy bien! Agárrala bien fuerte. No la sueltes. Mira hacia arriba. Firme, ahora. Ya está subiendo. Eres un buen muchacho. Agárrate fuerte. Firme.

Palmo a palmo se fue tirando de la soga. La multitud que aguardaba dejó escapar un grito cuando apareció la cabecita desgredada del muchachito y luego la carita sucia y manchada por las lágrimas. La mamá lo tomó en sus brazos y lo apretó contra sí mientras lo besaba y lloraba.

"Gracias a Dios" fueron las palabras que acudieron a los labios de los que ahora abandonaban el lugar. Poco después vinieron niveladoras que llenaron el viejo pozo e hicieron del lote baldío un lugar realmente seguro para los niños.